

La elite intelectual colombiana y la nación imaginada: raza, territorio y diversidad (1904-1940)

Álvaro Villegas Vélez¹

En la actualidad la idea de que la nación debe ser entendida como un proceso en permanente construcción y transformación, en el cual la imaginación ocupa un lugar central, es casi un lugar común dentro de las ciencias sociales. Esta idea, asociada principalmente al trabajo de Benedict Anderson² marcó, a principios de la década de 1980, una ruptura importante con los planteamientos que consideraban a la nación y al nacionalismo como simples fenómenos derivados de etnias preexistentes o de la industrialización y la modernidad.

No obstante, el argumento a favor de la nación como comunidad imaginada, dejó intacta la idea de que la nación sería, ante todo, un dispositivo homogeneizador que reduciría miles de etnicidades precedentes a unas cuantas centenas de nacionalidades virtuales o actuales.

Estos planteamientos han opacado el interés por las modalidades en que se imagina la heterogeneidad al interior de los Estados nacionales. Al respecto, es particularmente interesante el lugar marginal de la heterogeneidad racial en los estudios sobre la construcción de la nación. Desde una perspectiva alternativa, la heterogeneidad racial ha jugado un papel apreciable en las tensiones entre la similitud y la diferencia, entre la igualdad y la jerarquía, las

¹ Antropólogo y magíster en historia. Becario del doctorado en historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.

² *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993.

cuales han modelado el proceso de construcción nacional en múltiples lugares, especialmente en América Latina³ y son parte constitutiva de las ambivalencias y ambigüedades de la nación.

En este artículo se sostiene, por el contrario, que la producción de comunidades imaginadas nacionales trae, a la par de fuertes procesos de homogeneización, no menos importantes procesos de diferenciación. Desde esta óptica, la nación es una forma de organización de la heterogeneidad, un campo de interlocución conflictivo, en el cual diversos grupos luchan por instituir lenguajes específicos para referirse a la diferencia y a la desigualdad y por imponer una serie de clasificaciones y representaciones legítimas⁴. En medio de esta lucha, algunos grupos han sido definidos como Otros, como replicas dobles, inversas o complementarias, pero siempre subalternas, de un sí-mismo definido justamente, por este contraste⁵.

En el contexto colombiano diversas investigaciones⁶ han mostrado que los Otros fueron construidos mediante la intersección de varios ejes, entre los cuales el territorio y la raza, tuvieron particular importancia; simultáneamente gran número de estudios han defendido la hipótesis del fracaso de la nación en Colombia, por la falta de un proyecto de homogeneización exitoso dada la resistencia y el predominio de formas de identificación regionales, étnicas, comunales y partidistas.

³ Ver: Appelbaum, Nancy, Anne Macpherson y Karin Alejandra Rossemblatt (eds.). *Race and nation in modern Latin America*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 2003; Stepan, Nancy Leys, "The hour of eugenics". *Race, gender, and nation in Latin America*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1991 y Wade, Peter, *Raza y etnicidad en Latinoamérica*, Quito, Abya-Yala, 2000.

⁴ Grimson, Alejandro, *Interculturalidad y comunicación*, Bogotá, Norma, 2000 y Segato, Rita Laura, "Identidades políticas / Alteridades históricas: una crítica a las certezas del pluralismo global", en *Maguaré*, # 14, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1999, pp. 114-147.

⁵ Bernand, Carmen, "Mestizos, mulatos y ladinos en Hispanoamérica: un enfoque antropológico de un proceso histórico", en León-Portilla, Miguel (coord.), *Motivos en antropología americanista. Indagaciones en la diferencia*, México, FCE, 2001, pp. 105-133.

⁶ Ver, entre otros, Appelbaum, Nancy, *Muddied waters. Race, region, and local history in Colombia, 1846-1948*, Durham y Londres, Duke University Press, 2003; Bagley, Bruce Michael y Gabriel Silva Luján, "De cómo se ha formado la nación colombiana: una lectura política", en *Estudios Sociales*, # 4, Medellín, FAES, 1989, pp. 7-36; Helg, Aline, "Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina", en *Estudios Sociales*, # 4, Medellín, FAES, 1989, pp. 37-53; Pedraza Gómez, Zandra, "El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia", en *Revista de Antropología y Arqueología*, Vol. 9, # 1-2, Bogotá, Universidad de los Andes, 1996-1997, pp. 115-159; Uruña, Jaime, "La idea de heterogeneidad racial en el pensamiento político colombiano: una mirada histórica", en *Análisis Político*, # 22, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994, pp. 5-25; Villegas Vélez, Álvaro Andrés, "Raza y nación en el discurso de Luis López de Mesa: Colombia, 1920-1940", en *Estudios Políticos*, # 26, Medellín, Universidad de Antioquia, 2005, pp. 209-232 y Wade, Peter, "The language of race, place and nation in Colombia", en *América Negra*, # 2, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1991, pp. 41-66.

En este marco, esta ponencia se concentra en las representaciones sociales de las razas y los territorios, y en cómo éstas se convierten en un escenario de interlocución e interacción, y por ende, de conflicto y consenso en la constitución de un imaginario sobre la nación por parte de la elite política-intelectual⁷ entre 1904 y 1940. Este imaginario permitió percibir a la nación como incompleta y fragmentada regional y racialmente, la protección y el mejoramiento racial como necesarios, y la culminación de la conquista de los territorios marginalizados y sus pobladores como una tarea inaplazable.

La hipótesis de trabajo es que la diversidad más que un obstáculo para la formación de la nación colombiana como comunidad imaginada, fue la singular modalidad en que ésta fue representada. El reconocimiento de la pluralidad nacional no implicó el respeto a la diferencia, sino un complejo y contradictorio proceso de homogeneización y diferenciación presente en la forma en que la elite política-intelectual narró la nación⁸.

La propuesta de entender las razas como representaciones sociales, y al conjunto de éstas como un imaginario, parte del reconocimiento de que la investigación de éstos no se asocia ya con lo fantasioso, quimérico o falso. El imaginario de una sociedad no es pensado desde esta perspectiva, como un reflejo, transparente o turbio, de la realidad, sino como un elemento estructural y estructurante de ésta y, por ende, constantemente manipulado y disputado, en definitiva, un objeto de lucha para amplios sectores de la población, pero sobre todo para los intelectuales⁹.

En este orden de ideas, la raza es, entonces, una representación social producida por unos agentes específicos en un contexto histórico concreto y complejo, que se relaciona con otras representaciones en el marco de un imaginario social. A partir de estos planteamientos se considera que las representaciones sociales pueden ser comprendidas

⁷ Sigo aquí la hipótesis de Miguel Ángel Urrego, para quien los intelectuales de la Regeneración (y yo agregaría que para los intelectuales decimonónicos a partir de la creación de los partidos liberal y conservador) se encuentran atados a las necesidades, posibilidades y contradicciones de los partidos tradicionales, específicamente de los proyectos de la Hegemonía Conservadora y de la República Liberal, constituyéndose así en intelectuales orgánicos de ambos partidos. Para evitar la repetición uso en ocasiones elite político-intelectual como sinónimo de estos intelectuales orgánicos. Ver: *Intelectuales, Estado y nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores y Universidad Central, 2002.

⁸ Esta hipótesis se deriva de mi tesis de maestría: *Cuando el pueblo se vuelve raza. Racialismo, elite, territorio y nación (Colombia, 1904-1940)*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2005.

⁹ Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999; Bourdieu, Pierre, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 2001 y Escobar, Juan Camilo, *Lo imaginario. Entre las ciencias sociales y la historia*, Medellín, Eafit, 2000.

como formulaciones sintéticas de sentido, descriptibles y diferenciables, producidas por actores sociales como formas de interpretación y simbolización de aspectos clave de su experiencia social. En tanto unidades de sentido, las representaciones sociales ‘organizan’ la percepción e interpretación de la experiencia, [...]. Podemos pensar en las representaciones sociales como las palabras o imágenes ‘clave’ dentro de los discursos de los actores sociales: son aquellas unidades que dentro de éstos condensan sentido. De este modo, orientan y otorgan sentido a las prácticas sociales que esos actores desarrollan en relación con ellas, y son modificadas a través de tales prácticas.¹⁰

Si bien, los intelectuales se transforman de acuerdo a la sociedad en que se encuentren, los podemos definir como aquellas personas especializadas en apropiarse, producir y difundir representaciones sociales. Esta labor los acerca constantemente al mantenimiento, a la reforma y al rechazo del orden social y, por ende, a la política y al Estado¹¹. Los intelectuales operan como los legítimos legitimadores y productores de las posiciones de los grupos a los cuales pertenecen y, en esta medida, están enfrascados en la tarea de producir formas de visión y división legítimas, en cuanto legitimadas, del mundo, y de los grupos sociales y sus territorios¹².

En la actual Colombia el racialismo y los debates sobre el influjo del medio en los seres humanos, marcaron la forma de imaginar la patria y luego la nación, como mínimo desde principios del siglo XIX tal como lo ejemplifican el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada* y las posteriores y numerosas geografías realizadas por los letrados neogranadinos. Sin embargo, a principios del siglo la elite política-intelectual se había apropiado de una serie de saberes considerados modernos y verdaderos, como la antropología criminal, la eugenesia neolamarquiana, el evolucionismo, la antropometría y la psiquiatría, con la movilización de éstos, esta elite intentaba separarse del pensamiento racialista del siglo XIX, el cual consideraba inferior a pesar de usarlo profusamente. A su vez, este tipo de intelectuales y de saberes comenzaron a ser impugnados durante la República Liberal en un proceso de conflicto y coexistencia entre letrados, intelectuales cercanos al pensamiento médico y biologicista, e intelectuales relacionados con las emergentes ciencias sociales y la pedagogía¹³.

¹⁰ Mato, Daniel, “Producción transnacional de representaciones sociales y transformaciones sociales en tiempo de globalización”, en Mato, Daniel (comp.), *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, Buenos Aires, CLACSO, 2001, p. 133.

¹¹ Urrego, M. A. Op. cit.

¹² Bourdieu, P. Op. cit.

¹³ Ver: Silva, Renán, *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, Medellín, La Carreta Editores, 2005; Sánchez, Gonzalo, “Intelectuales... poder... y cultura nacional”, en *Análisis político*, # 34,

La geografía racial colombiana

A comienzos del siglo XX, la pregunta por la posibilidad de la constitución de una nación civilizada en la América Latina tropical, se hizo especialmente intensa. Para Nancy Leys Stepan¹⁴, la construcción de la tropicalidad, entendida como la representación discursiva del trópico, fue posible gracias a la consolidación en el siglo XVIII de tres saberes: la historia natural, con su énfasis en la recolección y clasificación de especies alrededor del mundo; las ciencias humanas y su clasificación de las variedades humanas en una jerarquía naturalizada de diferencias y similitudes; y la medicina tropical que articuló la enfermedad y el medio en un solo sistema discursivo.

En Colombia, el entorno tropical, fue visto como la condición de la civilización pero también uno de sus principales obstáculos. Luis Enrique Osorio, planteó en 1932, que:

Hoy ni siquiera merecen los territorios tropicales llamarse nación. Son campamentos establecidos en las altas montañas, al amparo de climas benignos, para sostener desde allí una campaña contra la enemistad de la naturaleza ecuatorial que guarda la más rica herencia del planeta. A nuestra vista se extienden los valles miasmáticos, y hacia ellos desciende la raza nueva con vaivenes de mares... Los ríos caudalosos esperan, con su poder latente, que esa raza predestinada los convierta en emporio de bienestar humano. Y lo logrará, porque el dolor y la adversidad son los más sólidos pilares de grandeza.¹⁵

En este mismo sentido el general Rafael Uribe Uribe señaló ante la Sociedad Geográfica de Brasil en 1907, que el medio ambiente atraía o repelía a los seres humanos y determinaba su alimentación, su salud, su fuerza, sus costumbres, su capacidad de trabajo, la cantidad de su población, su bienestar o su miseria, en definitiva las naciones recibían el sello indeleble del medio en que habitaban¹⁶.

Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1998, pp. 99-119 y Urrego, M. A. Op. cit. Para una reflexión sobre el papel de los intelectuales colombianos en la política y la vida social nacional se pueden ver también: Loaiza Cano, Gilberto, "Los intelectuales y la historia política", en Ayala Diago, César Augusto (ed.), *La historia política hoy: Sus métodos y las ciencias sociales*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004, pp. 56-94.

¹⁴ *Picturing tropical nature*, Ithaca, Cornell University Press, 2001.

¹⁵ *Los destinos del trópico*, Bogotá, Cromos, 1932, p. 83. Osorio (1896-1966), de origen bogotano fue una de las figuras principales de las artes escénicas colombianas en la primera mitad del siglo XX, actor, dramaturgo, actor, empresario teatral, poeta y columnista, fue también fundador de las revistas *La Novela Semanal*, *El Cuento Semanal* y *El Teatro*.

¹⁶ Uribe Uribe, Rafael, *Colombia. Conferencia cuyo resumen fue leído ante la Sociedad de Geografía de Río de Janeiro*, Río de Janeiro, Typ. do Jornal do Commercio, 1907. Rafael Uribe Uribe (1859-1914), abogado del Colegio Mayor del Rosario, fundador de los periódicos *El Trabajo*, *El Autonomista* y *El Liberal*; representante ante la Cámara por el partido liberal, participó por este partido en las guerras de 1876, de 1885 y en la Guerra de los Mil Días. Fue uno de los principales líderes liberales de su época.

Este tipo de afirmaciones abrían un gran paréntesis a las esperanzas de progreso, democracia y civilización de naciones como Colombia. Silvio Villegas¹⁷, argumentó en 1924 que la sangre mestiza, el clima tropical y la indolencia hereditaria imposibilitaban la democracia en los trópicos y hacían a las naciones que allí se ubicaban, tierra fértil para los caudillismos, los cuales en múltiples ocasiones habían salvado a sus países de la decadencia. Para Laureano Gómez¹⁸, futuro presidente y adalid del partido conservador, la situación era aún más preocupante, puesto que en el rango latitudinal que ocupa Colombia, nunca se había desarrollado una verdadera cultura.

Para Gómez, Venezuela, Ecuador y Colombia, eran los países con una mayor cultura relativa de todos los ubicados en esta zona, gracias a que sus habitantes se habían refugiado en las montañas aun bajo los peligros de la baja presión atmosférica. Si no fuera por las montañas, toda Colombia sería un gran Amazonas, una naturaleza tropical que impondría el terror a los seres nómadas que viven en ella, afirmaba este intelectual.

Lo andino fue entonces representado como una réplica imperfecta de las regiones templadas, mientras las imágenes privilegiadas de las tierras bajas fueron las que mostraban sus abundantes recursos, enfermedades, salvajismo y heterogeneidad racial, se mantuvo a comienzos del siglo XX. Sin embargo, este esquema binario se resquebrajó parcialmente gracias a la creciente importancia de las tierras templadas, cuya valoración no socavó completamente el esquema, pues en múltiples ocasiones fueron asimiladas a las zonas altas y opuestas como una unidad a las zonas bajas, aunque en otras ocasiones, eran representadas como una unidad independiente.

Para Luis Enrique Osorio¹⁹, por ejemplo, en las altiplanicies dominaban los blancos y a medida que se descendía se empezaban a encontrar lo que él denominaba híbridos, mientras abajo se tenían nuevamente poblaciones racialmente puras, pero esta vez indias y negras.

¹⁷ Villegas, Silvio, *La democracia en los trópicos*, Bogotá, El Voto Nacional, 1924. Silvio Villegas (1902-1972), ensayista, abogado y político caldense, perteneció al reconocido grupo de Los Leopardos de filiación conservadora. Ejerció como concejal de Manizales, diputado en la Asamblea de Caldas, representante a la Cámara, senador y diplomático. Fue director de La Patria (Manizales), El País (Cali), El Debate y La República (Bogotá).

¹⁸ Ingeniero civil, diplomático, periodista y político conservador (1889-1965). Miembro de la Cámara de Representantes y del Senado en numerosas ocasiones. Elegido presidente para el periodo 1950-1954 fue depuesto por un golpe de Estado en 1953.

¹⁹ Op. cit.

Por su parte, Luis López de Mesa²⁰ expuso claramente la importancia que las zonas de medias habían adquirido en las primeras décadas del siglo XX. Para este autor, la república era una civilización de vertiente, ya que ni las grandes alturas ni los territorios bajos habían sido fructíferos para el progreso. Eran las tierras entre los 500 y los 1800 metros sobre el nivel del mar, las cuales producían plátano, yuca, maíz, café e infinidad de frutas, base de la alimentación y de las exportaciones.

La geografía racial elaborada por López de Mesa contaba, además del componente altitudinal, con un componente que tenía en cuenta los puntos cardinales y dividía la nación en un oriente mestizo y un occidente mulato, conforme a una línea que trazó entre algún punto de la Guajira, casi siempre Riohacha y algún punto de Nariño, ya fuera Barbacoas, Ipiales o Tumaco²¹.

Ambos componentes se articularían para caracterizar los diferentes departamentos-regiones, desde una perspectiva que tuvo en cuenta el medio, las razas e incluso el grado de hispanidad. Esta articulación hacía parte de un proceso más largo, que comenzó en el siglo XIX con la oposición de las tierras bajas y las tierras altas, pero que se diversificó paulatinamente con la emergencia de los tipos humanos y que culminaría con la racialización regional/departamental.

La caracterización racial de Colombia era bastante ambigua, puesto que no existía un único criterio para definir las razas, lo cual provocaba múltiples superposiciones que permitían hablar simultáneamente de la raza colombiana como de una unidad y luego plantear que los colombianos pertenecían a diferentes razas como la negra, la mestiza, la mulata, la india e incluso a razas departamentales como la antioqueña o la boyacense.

De acuerdo con López de Mesa²², quien al estudiar la formación de Colombia realizó la clasificación racial por departamentos más completa en las primeras décadas del siglo XX, la sangre aborigen predominaba en ciertos lugares de Boyacá, la negra casi pura en el Chocó y la blanca prevalecía en Santander,

²⁰ *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Bogotá, Librería Colombiana, 1934. Luis López de Mesa, intelectual antioqueño nacido en 1884 y muerto en 1967; se graduó como médico de la Universidad Nacional de Colombia, en la cual se desempeñó como profesor y como rector; fue también concejal de Bogotá, representante a la Cámara, senador, Ministro de Educación y Ministro de Relaciones Exteriores; miembro de numerosas academias nacionales e internacionales y autor prolífico de ensayos y literatura.

²¹ López de Mesa, Luis, "Segunda conferencia", en VVAA, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920a, pp. 77-110. Ver del mismo autor: Op. cit. 1934 y *Disertación sociológica*, Bogotá, Casa Editorial "El Gráfico", 1939.

²² Op. cit. 1934.

el oriente y sudeste de Antioquia, y Caldas. Él estimó en un 30% la sangre indígena y en un 10% la sangre negra en el país²³.

Los habitantes de los departamentos de Cundinamarca, de Boyacá y de la ciudad de Bogotá fueron definidos como hispano-chibchas, es decir, como mestizos descendientes de los indígenas chibchas (muiscas) y de los españoles. Para López de Mesa, en esta región, sobre la base de lo ibérico, especialmente de lo andaluz, se tramó la sicología del aborígen andino. Este proceso de mezcla, en su opinión, permitió una importante mejoría en un lapso de cien años al transformar, gracias al contacto con la elite, en demócratas a una masa sucia, viciosa, lerda, mal hablada y que odiaba a la gente culta. La mayoría de la población sufría de pereza y lentitud mental. En las capas inferiores en donde predominaba el componente indígena, era común la ignorancia y la depresión vital, la falta de respeto a la propiedad, la crueldad fría y casi torpe, la incuria en sus relaciones sexuales, la mentira, la falsedad, la embriaguez, la falta de aseo personal. Aunque ello se iba reduciendo, a juicio de este intelectual, dada la difusión de la educación y el desprecio social a las malas costumbres.

Para López de Mesa, la deficiencia del entendimiento, del desarrollo físico y del carácter del proletariado de esta zona, se debía a su deficiente alimentación, a las enfermedades de fácil prevención y a las defectuosas habitaciones que conducían, no solamente a un bajo rendimiento escolar, sino a la tuberculosis y al delito.

La conexión de cierto tipo de males, en particular de los denominados venenos raciales, alcoholismo, tuberculosis, blenorragia, uncinariasis, lepra, sífilis, blenorragia, falta de higiene y mala alimentación, con la criminalidad, el debilitamiento racial y el atraso del país, hizo posible que los intelectuales de elite apelarán simultáneamente a factores heredados y a factores ambientales y educativos.

Uno de los principales factores heredados por la mayoría de la población de Cundinamarca y Boyacá era la melancolía, la desesperanza y el rencor propio de sus ancestros indígenas derrotados. Armando Solano²⁴ afirma sobre la *raza boyacense*:

²³ Cifra a todas luces "blanqueada".

²⁴ Nacido en 1887 en Paipa (Boyacá), abogado de profesión, ejerció como cónsul de Colombia en Bordeaux, miembro del Directorio Nacional Liberal, diputado, representante a la Cámara y senador en varias ocasiones. Dirigió la Revista Nueva y Sábado y colaboró con varios periódicos y revistas.

Quizá la síntesis de esta desordenada exposición sea: no hay en nuestra raza característica más persistente que la melancolía, y esa melancolía hace del tipo humano que se mueve bajo su influencia, el más apto para un progreso sustantivo e integral²⁵.

Esta valoración positiva de la melancolía fue minoritaria. La mayoría de los intelectuales del siglo XX reconocieron, al igual que los letrados del siglo XIX, que la situación de los mestizos en los cuales primaba el componente racial indígena, dependía principalmente de factores sociales, ya fueran presentes como la educación y la alimentación, o pasados como la conquista ibérica y la explotación colonial y republicana.

Para intelectuales como Alfonso Castro²⁶, Laureano Gómez²⁷, Miguel Jiménez López²⁸, Luis López de Mesa²⁹, Luis Enrique Osorio³⁰ y Emilio Robledo³¹, la conquista y la explotación habían hecho de los indígenas, seres astutos, desconfiados, imitadores y rencorosos. Todas estas características los hacían viejos prematuros, muy diferentes a los pobladores negros que eran definidos como niños grandes, gracias a su vitalidad.

La diversidad de los grupos indígenas explicaba, en la opinión de López de Mesa, las variaciones de los mestizos. Aquellos que tenían sangre caribe, en vez de chibcha, mostraban una recia personalidad y un ánimo litigante y combativo que los llevaba a ser indisciplinados e individualistas, lo cual provoca continuos enfrentamientos entre terratenientes y colonos. Los pobladores de Tolima y Huila, eran un ejemplo de esta mezcla.

²⁵ Solano, Armando, [1929], *La melancolía de la raza indígena y glosario sencillo*, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular, 1972.

²⁶ *Lucerna de estudio. Crónicas y estudios*, Medellín, Librería de A. J. Cano, 1936. Alfonso Castro (1878-1943), nació en Medellín, se graduó como médico de la Universidad de Antioquia, en la cual también ejerció como profesor y decano de la Facultad de Medicina. Se desempeñó como director de Higiene de Antioquia, director del Hospital Departamental, diputado ante la Asamblea de Antioquia, representante ante la Cámara y senador.

²⁷ Op. cit.

²⁸ "Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares", en VVAA. *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920a. Jiménez López (1875-1955), médico boyacense graduado de la Universidad Nacional de Colombia y fundador en esta universidad de la cátedra de psiquiatría en 1916. Se desempeñó además, como congresista, Ministro de Gobierno y Obras Públicas en la administración de Pedro Nel Ospina, Ministro Plenipotenciario de Colombia ante Alemania, miembro del Directorio Nacional Conservador y colaborador de diferentes periódicos y revistas médicas

²⁹ *El factor étnico*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1927.

³⁰ Op. cit.

³¹ ¿Existe una degeneración colectiva en Colombia?, Medellín, Tipografía Industrial, 1920. Emilio Robledo nació en Salamina en 1875 y murió en Bogotá en 1961. Egresado de Medicina de la Universidad de Antioquia, profesor y rector de esa misma universidad, director de Higiene del Departamento de Caldas, diputado de la Asamblea de Antioquia, concejal en Medellín y Manizales, representante a la Cámara, senador, gobernador de Caldas, miembro de diferentes academias nacionales.

Al oriente del país, se encontraban los santandereanos, uno de los grupos raciales departamentales más valorados, y calificados como altivos, independientes, individualistas, guerreros y laboriosos del país. Sin embargo, López de Mesa, señalaba que no ostentaban un gran carácter dada su falta de disciplina, aunque serían un pueblo de grandísima valía cuando sus pasiones fueron controladas por la inteligencia.

Los santandereanos eran descritos por este autor como de aventajada altura, buen color y acento agradable. Su composición racial fue definida como predominante española, mestizada con indígena y casi nada de africano. Para él, era el elemento aborígen el que le daba su legendaria bravura:

Tal vez el aislamiento en sus abruptas breñas le ha dado un hábito de valerse solo, de una autarquía inquietante. Quizás el loable hecho de ser propietario de pequeños fundos, solamente ante sí responsable, independiente en su soledad y en su trabajo, añada validez a su personal autonomía. Más no hay que echar al olvido que este labriego de código civil bajo la almohada y de rifle de precisión —y cuan tremenda precisión— tras la puerta del hogar, tiene una estría de sangre aborígen de guerreros indomables. [...] Es posible, pues, pensar que el elemento aborígen que entra en la composición étnica del santandereano, por discreto que sea, traiga un vigor genético determinante que se impone en la psicología de ese pueblo. Si García Rovira, tan próxima al apacible Boyacá, se enciende a cada paso en fulgores de tragedia, siquiera abunde ahí la sangre española, al belicoso antepasado caribe, acurrucado en acecho en algún “gene” del cariosoma fecundante, hay que adscribirlo principalmente³².

Este “gene” caribe esclarecía a su juicio, las fuertes diferencias con los antioqueños³³, a pesar de que éstos habitaban en tierras parecidas en un aislamiento semejante y poseían un componente racial similar³⁴.

La Costa Caribe colombiana fue caracterizada, por su parte, como predominante mulata, puesto que la población de ascendencia negra era la que mejor se adaptaba a los climas cálidos. La población negra y sus mezclas fueron consideradas generalmente como un mal necesario dada la necesidad

³² Op. cit. 1934, pp. 62-63.

³³ Este grupo será tratado en el tercer apartado de esta ponencia.

³⁴ Jacques Gilard, ha señalado que los antioqueños y santandereanos a través de la figura del agricultor independiente y blanco se convirtieron en el prototipo deseado del ciudadano nacional. Ver: “Le débat identitaire dans la Colombie des années 1940 et 1950”, en *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Bresilien*, # 62, Toulouse, 1994, pp. 11-26.

de adaptarse al trópico colombiano. Para Osorio, la población con ascendencia africana fue una mancha de tinta que avanzó sobre los valles mortíferos llenando los vacíos dejados por la debilidad y la tristeza indígena y la holgazanería de los blancos. De acuerdo con Osorio: "Para dominar el trópico no basta tener caprichos y modales de negro: hay que llevar sangre negra en las venas."³⁵

Laureano Gómez, por el contrario, planteaba que las naciones exitosas eran justo aquellas como Argentina, Chile y Uruguay, en donde consideraba que los vestigios negros habían desaparecido, mientras la alta presencia de éstos daba como resultado Estados nacionales inestables como Haití. Los zambos y los mulatos, le parecían incluso inferiores a los negros puros.

López de Mesa, por su parte, les asignaba algunas características positivas. Para él, los mulatos caribeños estaban marcados por la psicología antillana que los hacía expansivos de gesto, de palabra, de risa.

el costeño es bien conformado de torso esbelto y andar firme, color que va del blanco mate de las buenas familias al negro charolado de la marinería ribereña, ojos de altiva sombra, de rápido mirar enhiesto, ojos árabes, como es normal en quienes tienen algún remoto antepasado en Guinea o Berbería. Efusivos en el habla y en la risa, amigos de la música y la danza, despreocupados en el pensar, hasta en política y religión, generosos y sociables, aunque no de verdadero espíritu público³⁶.

Para él, también eran propensos al contrabando, la bigamia y el baile. Esta dispersión de energía había permitido que, en su parecer, elementos extranjeros de dudosa moral, como los sirio-libaneses, los hubieran sustituido en las actividades comerciales. A pesar de los múltiples defectos que se le endilgaron a la población mulata como su falta de profundidad, vanidad y pereza, esta población fue considerada desde el siglo XIX como un elemento útil para el progreso nacional gracias a su energía y afán de independencia que la había hecho especialmente valiosa en las campañas de la independencia.

Es posible plantear en este punto del recorrido, que las constantes representaciones que dividían al territorio colombiano en centro y periferia, oriente y occidente, zonas altas, medias y bajas; y a sus pobladores en negros, mulatos, indios, mestizos, zambos, blancos y sus múltiples variedades, hicieron que la nación fuera imaginada como un conjunto plural

³⁵ Op. cit. 83.

³⁶ Op. cit. 1934. P. 92.

geográfica, racial, intelectual y moralmente, cuya heterogeneidad era al mismo tiempo un problema y una potencialidad, que debía ser tratada mediante la regulación científica del mestizaje.

El mestizaje: límites y posibilidades

Desde el siglo XIX la producción historiográfica y geográfica de los intelectuales colombianos de elite destacó la tendencia al mestizaje que mostraron los conquistadores españoles en contrapartida de sus similares ingleses. La representación de una nación compuesta por mestizos, aunque éstos fueran blanqueados, fue problemática dadas las tesis europeas y estadounidenses sobre la degeneración inherente a éstos.

El mestizo fue pensado, desde esta perspectiva, como una muestra irrefutable de la promiscuidad sexual vivida en el trópico, la cual era responsable de unir lo que debía mantenerse separado. Emilio Ruiz Barreto³⁷, al cumplir su tarea patriótica de estudiarnos, cita a Georges W. Crichton, quien afirma que:

El hombre que se enlaza con una mujer india o negra, no es de una calidad moral distinguida; al contrario, es generalmente el vagabundo, el tunante, el semicriminal; y, por otra parte, una mujer blanca, decente no se enlaza con un negro ó indio. La prole de aquella mezcla no es de la calidad de un pueblo que puede establecer y sostener una civilización; más aún, la raza negra pura es mejor que una compuesta de mulatos.³⁸

Este tipo de posiciones fueron combatidas por varios de los intelectuales de elite colombianos³⁹, para quienes la variedad racial y el mestizaje facilitaban la adaptación al medio ambiente tropical al tiempo que impulsaban la democracia como lo había planteado varias décadas antes José María Samper⁴⁰.

Luis Enrique Osorio, inspirado en José Vasconcelos, se convirtió en uno de los mayores defensores del mestizaje en el país, para él, la mezcla racial era pues una forma de vencer las inclemencias del medio ambiente, lo cual hacía que los mestizos fueran vistos como seres mejor adaptados y dinámicos que

³⁷ Ensayista y político. Ejerció como Ministro de Justicia en 1893.

³⁸ Citado por Ruiz Barreto, Emilio, "Estudiémonos", en *La Revista: Política-literatura-historia*, Vol. I, # 2, Bogotá, 1909, p. 53.

³⁹ Bejarano, Jorge, "Quinta conferencia", en VVAA, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 185-212; Castro, A. Op. cit.; López de Mesa, Luis, "Tercera conferencia", en VVAA, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920b, pp. 111-149 y Osorio, L. E. Op.cit.

⁴⁰ Samper, José María, [1861], *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas): con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969.

los blancos que se conservaban en el país y que estaban siendo desplazados de los puestos de honor por los primeros.

En la opinión de Osorio, esto provocaba conflictos, puesto que las castas dominantes no renunciaban a sus derechos fácilmente, sino que inculcaban conservatismos raciales y robustecían la tiranía. A los conflictos generados por este reemplazo de elites, se sumaba que el mestizaje no debía ser un hecho que ocurriera espontáneamente, su dirección debía ser organizada científicamente para garantizar la armonía de las disímiles tendencias aportadas por los progenitores, y crear así, un temperamento uniforme, contrario al desequilibrio orgánico, a la inestabilidad fisiológica y a la ciclotimia que habían caracterizado a los elementos mestizos existentes en ese momento.

Miguel Jiménez López⁴¹, tal vez el mayor crítico de las características raciales de los colombianos, planteó que la dirección científica y humanitaria del mestizaje ya estaba perdida para Colombia y para los países similares, pues la coexistencia de dos tipos tan distantes como los negros y los indios había puesto en contacto dos sangres ineptas para mezclarse, que creaban mil antagonismos raciales.

La falta de compatibilidad sanguínea, fue un tema de discusión álgido; para Luis López de Mesa⁴², las razas cercanas se fecundaban positivamente, mientras las muy distantes como la raza nórdica y la negra producían trastornos de carácter que conducían a la psicostenia, la delincuencia y la inadaptación social. Para él, incluso la mezcla de razas más cercanas producía desordenes menores durante una o dos generaciones debido a la persistencia de genes inarmónicos.

Los híbridos, en especial los mestizos y mulatos, ya que los zambos fueron generalmente descalificados, eran ante todo sujetos emergentes, una fuerza motriz en potencia, mas no un hecho ya consolidado; tal vez quien mejor sintetizó esta idea, fue Fernando González: "Nadie entenderá a Suramérica si no entiende todo lo que encierra lo que he llamado complejo hijo de puta, a saber: Todo ser híbrido es promesa y pésima realidad"⁴³. Promesa que en donde se había realizado, había producido seres tan extraordinarios como: Jesús, San Pablo, Sócrates, Platón, Heráclito, Pitágoras, San Francisco de Asís, Miguel Ángel, Rafael, todos ellos producto de la mezcla entre la raza mediterránea y nórdica, al parecer de Luis López de Mesa⁴⁴.

⁴¹ *La inmigración amarilla a la América*, Bogotá, Editorial Minerva, 1929.

⁴² Op. cit. 1939.

⁴³ González, Fernando, [1936], *Los negroides. Ensayo sobre la Gran Colombia*, Medellín, UPB, 1995, p. 82.

⁴⁴ Op. cit. 1939.

Aun para Jiménez López, la mezcla racial podía ser buena si se cultivaba la higiene, la educación y la eugenesia tanto preventiva como positiva. Esto gracias a que el mestizaje en Colombia había ido eliminando los rasgos físicos y morales de los indígenas mediante la absorción de la sangre blanca.

No obstante que el europeo ha contribuido a esta mezcla en una proporción numérica inmensamente inferior a la del aborigen, en el conflicto de sangres aquél se ha mostrado más fuerte. Sus caracteres han ido predominando en el producto criollo. Débase esto a que el indígena conquistado quedó reducido desde el principio a las más miserables condiciones de existencia que agotaron su vigor o bien a que el organismo de los hombres blancos es más adaptable a las diversas zonas, el hecho es innegable; el europeo ha impuesto en nuestro continente, a la par que su cultura espiritual, las modalidades de su sangre.⁴⁵

Lo que en Jiménez López se expresa como una duda, en la mayoría de intelectuales, se manifiesta como una certeza; los indígenas son débiles gracias a los estigmas dejados por la derrota de la conquista y la expoliación de la Colonia y la República, tal como se había planteado ya desde el siglo XIX.

Desde esta perspectiva, la inferioridad de los indígenas contemporáneos en comparación con sus antepasados precolombinos, se hacía evidente⁴⁶ y la única opción posible consistía en el blanqueamiento y la educación.

Ante el extremo debilitamiento de este componente racial, nuevamente se escucharon voces que predecían su total extinción como correspondía al cumplimiento de las leyes biológicas:

Naturalmente los engendros de tales miserables degenerados lo son hasta el exceso, y por fortuna, la naturaleza, más piadosa y selecta que los hombres civilizados y las castas dirigentes, acabará por eliminarlos en un futuro próximo, en virtud de sus leyes sanitarias.... Degenerados, que, por lo demás, son una vergüenza para los países cristianos, que no han querido, para poderlos mantener esclavizados, sacarlos de la oprobiosa existencia que soportan y hacerlos gozar de las prerrogativas de la ciudadanía.⁴⁷

Esta posición era aceptada aun por intelectuales que se consideraban a sí mismos como indigenistas, Armando Solano, por ejemplo, reconocía la miseria, la abyección, el doblez y el vicio de los indios, pero planteaba una terapéutica diferente:

⁴⁵ Op. cit. 1929, pp. 19-20.

⁴⁶ Bejarano, J. Op. cit. Robledo, E. Op. cit.

No hay sino un camino para acuñar en realidad tal aspiración: iniciar la defensa, es decir, la protección, la conservación y la glorificación de la raza indígena, que se empobrece, decae y desaparece a ojos vistas, en medio de una indiferencia censurable, que revela el desconocimiento de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro. Nada habla peor de nuestra fatua superficialidad que el concepto despectivo del indio, que ostentamos, y la vanidad fincada en afirmar que no llevamos en las venas sangre india.⁴⁸

Desde una posición bastante alejada de la de Armando Solano, José Ramón Lanao Loaiza⁴⁹ planteó que la mayor parte de la decadencia del pueblo colombiano no recaía en los indígenas, pues el componente amerindio de Suramérica no fue inferior al de Norteamérica y, sin embargo, los estadounidenses eran un pueblo vigoroso. La única conclusión posible para este intelectual, es que la mayor responsabilidad de la decadencia colombiana recaía sobre la vetusta España y su raza.

Algunos intelectuales de elite⁵⁰ plantearon que al contrario de la sangre aborígen, la sangre etíopica era mucho más fuerte y expansiva, incluso más que la sangre blanca que si bien se expandió no pudo acceder nunca a las regiones más enfermizas. Para Luis López de Mesa⁵¹, el elemento negro aumentaba impunemente en las hoyas de los ríos, las costas y las vertientes bajas, gracias a que su sangre resistía la mezcla durante cinco generaciones, mientras la blanca hacía lo propio sólo durante tres.

Jiménez López, planteaba que esta expansión mostraba el predominio de las razas más aptas y resistentes al trópico, el problema consistía en que el aumento de las defensas orgánicas era inversamente proporcional al desarrollo de capacidades para la vida civilizada, las cuales disminuirían aun más, si se permitía el mestizaje espontáneo entre el componente mestizo del oriente del país y el componente negro del occidente, pues como lo planteaba Luis López de Mesa:

[A]quellos núcleos de la raza, heridos de muerte en su mayor parte por la tuberculosis, el paludismo, las bubas, la anemia tropical y algunos otros males de menor importancia, pero igualmente generalizados, son todavía muy numerosos para ser absorbidos

⁴⁷ Castro, A. Op. cit. pp. 205-206.

⁴⁸ Solano, A. Op. cit. P. 106.

⁴⁹ *La decadencia de la raza*, Santa Marta, Tipografía Mogollón, 1920.

⁵⁰ Bejarano, J. Op. cit.; González, F. Op. cit.; López de Mesa, L. Op. cit. 1920b y 1927 y Osorio, L. E. Op. cit.

⁵¹ Ver: López de Mesa, L. Op. cit. 1920b.

impunemente por el resto de la población, ya de suyo ampliamente mestizada con el elemento africano o aborigen. La mezcla del indígena de la cordillera oriental con ese elemento africano y aun con los mulatos que de él deriven sería un error un fatal para el espíritu y la riqueza del país: se sumarían, en lugar de eliminarse los vicios y defectos de las dos razas y tendríamos un zambo astuto e indolente, ambicioso y sensual, hipócrita y vanidoso a la vez, amén de ignorante y enfermizo. Esta mezcla de sangres empobrecidas y de culturas inferiores determina productos inadaptables, perturbados, nerviosos, débiles mentales, viciados de locura, epilepsia, de delito que llenan los asilos y las cárceles cuando se ponen en contacto con la civilización.⁵²

Si bien este peligro siempre había estado ahí, López de Mesa advertía sobre su inmediatez dado el acelerado mejoramiento de las vías de comunicación que facilitarían y harían casi inmediata la mezcla, a lo cual se sumaría el encauzamiento hacia el rencor racial impulsado por caudillos populares sin conciencia histórica⁵³. Como si fuera poco, Jiménez López planteaba: “Apenas tengo para qué agregar que los países donde el elemento de color va siendo preponderante han marchado lenta pero seguramente hacia el estado de tutela y de protectorado por otras razas mejor dotadas.”⁵⁴

A pesar de que eran comunes las tesis que defendían que Colombia no era o iba en camino a no ser viable como nación, sino se tomaban las medidas adecuadas, los mismos intelectuales de elite argumentaban que la etapa americana de la tierra había comenzado.

La Primera Guerra Mundial fue imaginada por algunos de nuestros intelectuales como una prueba fehaciente de la decadencia europea y, por extensión, de la civilización occidental. Siguiendo las ideas sobre el carácter cíclico de las civilizaciones de Spengler y sobre las potencialidades de la raza cósmica de Vasconcelos, Colombia fue vista nuevamente como un modelo a escala de la tierra. A América Latina, pero especialmente a Colombia le correspondía una misión de síntesis al ser la confluencia del Oriente y del Occidente, del Norte y del Sur, de las razas negra, blanca y amarilla:

Desde esta perspectiva, aquí se reunían todos los instintos humanos, la conciencia universal y, por tanto, la humanidad completa; ya no Colombia

⁵² López de Mesa, L. Op. cit. 1927, p. 12.

⁵³ López de Mesa, L. Op. cit. 1939.

⁵⁴ “Novena conferencia”, en VVAA, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920b, p. 353.

sino la Gran Colombia en su conjunto era para Fernando González⁵⁵ el lugar de renovación del ser humano, pero esto solo era posible si se comenzaba a conquistar el propio territorio.

La colonización antioqueña, ¿un remedio a la falta de inmigrantes?

Para los intelectuales de elite colombianos era evidente que había más territorio que nación, puesto que numerosas regiones poseídas jurídicamente por la república estaban abandonadas por el Estado, siendo controladas por grupos que aun conservaban economías no capitalistas que dificultaban el acceso de los productos de estas zonas al mercado.

Estos territorios, ocupados principalmente por los indígenas denominados salvajes, en contrapartida de los indígenas considerados semicivilizados del altiplano cundiboyacense, era periférico, pero extenso y de suma importancia dada la gran cantidad de recursos que esperaban manos aptos para ser explotados, luego de su conquista.

Este tipo de conquista no estaba supeditada exclusivamente al despojo de los grupos indígenas y negros de la Amazonia, la Orinoquia, las cuencas de los grandes ríos y el Pacífico, también era una garantía contra el carácter expansionista de otros Estados nacionales, siendo necesaria para que hechos considerados tan infaustos, como la pérdida de Panamá, no se repitieran, sobre todo ante el peligro que recaía en el sur del país ante la explotación cauchera peruana.

La nacionalización de los territorios marginalizados requería indudablemente su poblamiento, pero "En la América, como lo dijo Alberdi, 'gobernar es poblar', pero poblar regenerando."⁵⁶ Incluso quienes mantenían posiciones menos pesimistas sobre la población colombiana, estaban de acuerdo en que la única colonización exitosa era aquella en la cual los colonos fueran adecuadamente seleccionados.

La integridad de la nación y su progreso requería pues, la explotación eficiente de las zonas productivas y el poblamiento de las regiones representadas como desiertas al ser poseídas por salvajes. Luis López de Mesa propuso entonces,

⁵⁵ Op. cit.

⁵⁶ Jiménez López, M. Op. cit. 1920a, p. 39.

la colonización de las zonas de vertiente desocupadas en las tres cordilleras y a largo plazo de la Amazonia y la Orinoquia, tanto con elementos colombianos que hubieran mostrado su valía colonizadora, como con inmigrantes europeos bien escogidos en Italia y en España; para los climas menos malignos se podrían traer incluso alemanes, escandinavos e ingleses. Se trataba en definitiva de asumir las riendas de la colonización puesto que:

El fenómeno del poblamiento se cumple por imposición ineluctable, ora con los elementos adecuados, ya con los venidos a menos o ineficaces de suyo: No quisimos nunca estudiar a fondo este problema, confiados en que las leyes del azar nos son propicias: La resultante es que donde pudiéramos tener ahora unos cuantos millones de ciudadanos de buen cruzamiento, asimilados y cultos y tan patriotas como los descendientes de don Sebastián de Belalcázar, vemos ocupado el puesto por cepa más débil cada día, y por inmigrantes de dudoso aprovechamiento racial y cultural.⁵⁷

Puntos seleccionados teniendo en cuenta que la inmigración no era para este intelectual, solamente adición sino que debía ser una suma planificada racionalmente de acuerdo con las cepas raciales de origen. Tres serían entonces las regiones privilegiadas: Boyacá, para preparar la colonización de los Llanos Orientales; Huila para hacer lo propio con la de la Amazonia y Antioquia, sobre la cual nos dice lo siguiente: “Parece raro que así lo diga, pero siendo ese Departamento, el centro de la República geográficamente, y también como vigor de la raza, todo lo que sea robustecerla y depurar su sangre nos es útil”⁵⁸.

El mestizaje debía ser enmarcado dentro de una racionalidad que regulara los defectos de la mezcla y que potenciara sus beneficios. Por lo tanto, los inmigrantes provenientes de las regiones templadas y frías no podían ser introducidos inmediatamente a las zonas cálidas y deletéreas sino que debían pasar por un periodo de aclimatación y mezcla de sus descendientes con los elementos raciales colombianos de buena condición durante un rango temporal de mínimo tres generaciones.

Los infructuosos esfuerzos por atraer inmigrantes, no pueden ser separados en Colombia, de los esfuerzos también inútiles, por colonizar planeada y masivamente la Orinoquia, la Amazonía y algunos otros territorios marginalizados. Pero a pesar del relativo consenso en torno a la inmigración de europeos, no faltaron voces discordantes.

⁵⁷ Op. cit. 1939, p. 345.

⁵⁸ López de Mesa, L. Op. cit. 1920c. P. 133.

Fernando González planteó por ejemplo, que: “[...] Colombia debe prohibir en absoluto la inmigración, hasta ver si el pueblo antioqueño necesita ayuda en su misión de unificar el país.”⁵⁹ Para él, los antioqueños han venido unificando la república de Colombia desde hace 100 años llevando sus cualidades y perdiendo sus defectos en la colonización.

En efecto, muchos de los intelectuales colombianos señalaron que el futuro de la nación dependía del departamento de Antioquia, considerado el más vigoroso y un verdadero *árbol verde* en medio del desierto de la preocupante situación del país⁶⁰. Este vigor se debía a la homogeneidad y a la blancura de su población, a la salubridad de su medio, a la fecundidad de su gente y a la fortaleza de su familia y de su moral.

Intelectuales tan heterogéneos como Luis López de Mesa y Fernando González coincidieron en afirmar el carácter sui generis de la raza antioqueña:

En Antioquia la raza ha evolucionado hasta la más profunda divergencia social y política con el resto de la república. La familia y el Gobierno son formaciones suyas muy especiales y dignas de un estudio aparte, lo mismo que el carácter individual de sus pobladores. Tienen una fisonomía angulosa, plegada y recta, severa y varonil, sobre una textura generalmente alta, fuerte, nervuda y un poco pesada al andar.⁶¹

Sí como lo planteó González⁶², en Colombia cada departamento era una nación, no cabía la menor duda de que la nación más consolidada era Antioquia, a lo cual algunos agregaban que este departamento-nación poseía el gobierno más democrático del mundo, tal vez el único que merecía este apelativo.⁶³

La proverbial democracia antioqueña se había formado, según sus defensores, desde los tiempos coloniales, a través de la interacción entre el entorno montañoso, la procedencia de sus primeros colonizadores y un aislamiento de tres siglos. Para Luis López de Mesa, la historia del departamento de Antioquia se dividía en tres etapas:

[H]asta 1864, muy rudimentaria e indefinida, muy poco saliente y caracterizada, de 1864 a 1910 consolidóse un sentimiento de capacidad, de individualismo y aun de rebeldía recóndita que

⁵⁹ González, F. Op. cit. P. 46.

⁶⁰ Jiménez López, Miguel, “Primera conferencia”, en VVAA, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920c, pp. 41-78.

⁶¹ López de Mesa, L. Op. cit. 1920a, p. 85.

⁶² González, F. Op. cit.

⁶³ López de Mesa, L. Op. cit. 1920b.

estuvo a punto de estallar en grave forma durante el Quinquenio; de 1910 en adelante apareció dentro de lo político una comprensión elevada de su misión nacional y vino a ser un poderoso núcleo de paz en el interior y de resistencia para el peligro externo.⁶⁴

Durante la primera etapa, se va formando la raza antioqueña a partir de un pequeño número de colonizadores, vascos principalmente y de negros traídos como esclavos que se irían mezclando y homogeneizándose en medio del aislamiento concedido por la abrupta geografía. Sin embargo, la región tendría una vida casi vegetativa en esta etapa y cuando el Oidor Mon y Velarde visitó, en la década de 1780, el actual territorio antioqueño no pudo más que referirse al salvajismo e idiotismo de sus habitantes y a la improductividad de la tierra⁶⁵.

Alejandro López⁶⁶ agrega que la triste situación de los *antioqueños de finales del siglo XVIII*, no se debía a ningún tipo de inferioridad constitucional sino a su intenso amor a la libertad. Ante la falta de independencia laboral del sistema económico de la Colonia, los antioqueños preferían internarse monte adentro y escapar así al control gubernamental.

De acuerdo con este intelectual, las reformas de Mon y Velarde garantizaron la equitativa distribución de la propiedad a través de la reorganización de la minería y la repartición de la tierra, creando de esta forma, una población de pequeños propietarios dedicados a la agricultura y a la minería, orgullosos de sí mismos, independientes y productivos, lo cual les permitió sostener sus crecientes familias

Estas actividades marcaron el patrón de asentamiento de esta raza, en la opinión de López de Mesa:

Espacióse suavemente la ciudad agrícola en el seno de valles fecundos o de las placidas mesetas. Más no se aislaron una de otra, sino que se prestaron mutuo apoyo y sustento con gran beneficio de la homogeneidad de la sangre y del espíritu de sus pobladores. De ahí que en Antioquia no haya dos clases sociales sino armoniosa gradación social y uniformidad intelectual, moral y política como os lo diré después. Estas dos actividades económicas conservanse hoy transformadas y engrandecidas que, la una vinole a Antioquia su redención por el cultivo del café y de la otra surgió el espíritu industrial que la ha extendido a toda la República y la llevó hasta Norte América en pugna audaz y según parece victoriosa.⁶⁷

⁶⁴ *Ibid.* P. 114.

⁶⁵ Ver: López, Alejandro, *Problemas colombianos*, París, Editorial Paris-América, 1927.

⁶⁶ Alejandro López (1876-1940), ingeniero de la Escuela de Minas en Medellín, en donde se desempeñó como profesor. Diputado, concejal y Representante ante la Cámara, Cónsul General de Colombia en Europa y Gerente de la Federación Nacional de Cafeteros. Director de los periódicos *La Organización* y *El Correo Liberal*, ambos de Medellín.

Esta aparente homogeneidad e igualdad social fue considerada posible, por Emilio Ruiz Barreto⁶⁸, gracias a la relativa debilidad de las instituciones coloniales de la esclavitud y de la encomienda, y permitió que el temperamento progresista, dinámico, demócrata, ambicioso, religioso, conservador y expansionista se irrigara equitativamente por toda la población.

Mediante esta representación, generalmente aceptada, de la uniformidad racial, los antioqueños fueron considerados como la raza regional más consolidada de Colombia, es más, como la mejor raza de la nación, tal como lo comprobaba la ausencia de defectos atribuidos por Gustave Le Bon a las razas latinas⁶⁹, idea defendida empecinadamente por Libardo López:

Si, aparte, las condiciones anatómicas, lo que define una raza superior es el carácter ó energía moral, en virtud de la cual el pueblo forma un bloque refractario á toda asimilación; si la síntesis de la manifestación de raza superior es el formar el carácter de un pueblo [...] y si el exponente de ese carácter consiste en el vigor con que se anulan los elementos extraños, ya éstos penetren en el pueblo, ó ya sufran su invasión, no es difícil concluir, conforme á esas ideas, que hay un lugar en la América latina en que existe esa roca ideal de una raza superior, y ese lugar es Antioquia.⁷⁰

Esto queda plenamente comprobado, al parecer de Libardo López, si consideramos que en Antioquia no se había podido formar ninguna colonia extranjera, pues los inmigrantes eran asimilados rápidamente, hecho que no ocurría con los colonizadores antioqueños que reemplazaban paulatinamente a los nativos. Es justo esa potencia expansiva y la imposibilidad de asimilación, la que definía el carácter de la raza y hacía que sólo los antioqueños de Colombia, fueran superiores a los antioqueños de Antioquia, en las palabras de este intelectual.

La fortaleza de los antioqueños estaba demostrando entonces, al ser los únicos capaces de darle unidad y llevarle progreso a la nación a través de su expansión, pues como lo planteó José Ramón Lanao Loaiza: "El departamento más importante en Colombia ha de ser pues, Antioquia, porque ha dado más ciudadanos a la República."⁷¹

⁶⁷ López de Mesa, L. Op. cit. 1920b, p. 118.

⁶⁸ "Estudiémonos". En: *La Revista: Política-literatura-historia*, Vol. 1, # 3. Bogotá. 1909b. Pp. 70-79.

⁶⁹ Para Le Bon, la raza latina era inestable y pasional, lo cual la hacía propensa a la anarquía más sanguinaria y a la autocracia absoluta.

⁷⁰ López, Libardo, *La raza antioqueña. Breves consideraciones sobre su psicología, desenvolvimiento, y educación*, Medellín, Imprenta de "La Organización", 1910, pp. 6-7.

⁷¹ Op. cit. P. 13.

La fecundidad fue una de las representaciones más poderosas dentro del imaginario que se construyó sobre la raza antioqueña, Antioquia fue comparada con Rea, fecundante y pobladora⁷², e incluso el maíz y el frijol, predominantes en su alimentación, fueron pensados como alimentos que obraban sobre las glándulas sexuales⁷³.

La bibliografía crítica sobre la cuestión antioqueña ha mostrado, cómo lejos de ser un hecho natural, los procesos de identitarios en Antioquia y la asociación al departamento de ciertos valores, son construcciones sociales que surgen a mediados del siglo XIX⁷⁴ y que hacen posible dos tipos de relaciones articuladas pero diferentes:

[H]acia adentro, en el ámbito regional, ha tendido a regular los comportamientos de la población con el fin de acomodarlos a una moral de carácter modernizante pero conservadora y, hacia afuera, es decir, en relación con el contexto nacional, ha pretendido justificar el dominio económico de las élites de Antioquia en el país y, a su vez, ha hecho de la hegemonía de su riqueza una razón para reforzar la representación mental de sí mismos.⁷⁵

Cristina Rojas⁷⁶, ha mostrado cómo desde la segunda mitad del siglo XIX, la idea de la homogeneidad, permitió que la elite se representara a sí misma como cercana al pueblo, en especial a los campesinos, al compartir una serie de valores como el ferviente catolicismo, la férrea unión familiar, el conservatismo político y la capacidad de trabajo independiente, lo cual redujo la utilización de la violencia en las relaciones laborales y en la vida cotidiana.

Sin embargo, esta relativa horizontalidad social solo cobijó a los pobladores del área andina del departamento, excluyendo a los miles de habitantes de las fronteras internas del río Cauca, el río Magdalena, Urabá y la zona limítrofe con la costa Atlántica⁷⁷.

⁷² Ibid.

⁷³ Bejarano, Jorge. Op. cit.

⁷⁴ Arcila, María Teresa, "Apuntes sobre identidad cultural: el caso antioqueño", en *Boletín de Antropología*, Vol. 6, # 20, Medellín, Universidad de Antioquia, 1986, pp. 101-110 y "Creadores de riqueza cultural e imágenes culturales en Antioquia", en *Boletín de Antropología*, Vol. 8, # 24, Medellín, Universidad de Antioquia, 1994, pp. 95-118; Escobar, Juan Camilo, *La representación mental que los antioqueños se han hecho de sí-mismos 1.814 - 1.851: Un examen a través de la prensa*, Tesis para optar al título de magister en Historia, Medellín, Universidad Nacional, 1997 y *Las elites intelectuales en Euroamérica. Imaginarios identitarios, hombres de letras, artes y ciencias en Medellín y Antioquia (Colombia) 1830-1920*, Tesis de doctorado, París, EHESS, 2004.

⁷⁵ Escobar, J. C. Op. cit. 2004, p. 420.

⁷⁶ Op. cit.

⁷⁷ Mary Roldán ha planteado que la representación de las diferencias étnico-raciales al interior del departamento de Antioquia por parte de los autodenominados blancos es imprescindible para comprender el ejercicio de la violencia durante el período que recibe ese mismo nombre. Ver: *A sangre y fuego. La violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*, Bogotá, ICANH y Fondo para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología, 2003.

Luis López de Mesa⁷⁸ ejemplifica esa asimetría cuando plantea que la colonización antioqueña tomó dos direcciones. El colono agrícola, reposado y de más pura sangre se dirigió al sur formando Caldas e invadiendo y vigorizando los departamentos del Tolima y del Valle del Cauca. Estos colonos conservaron todos los caracteres raciales antioqueños e incluso los exacerbaron en Manizales y Armenia. Hacia el norte se fue la segunda ola colonizadora formada por mulatos que arribaron a los aluviones del río Nechí y del río Cauca, esta población estuvo conformada por bandidos en potencia o en acto. La selva y la minería los tornó aún más agresivos y la falta de control eclesiástico y de vida familiar los hizo alcohólicos y jugadores, situación que solo se revertiría según este autor, tres generaciones más tarde. Una situación similar es descrita por Claudia Steiner⁷⁹ al analizar el proceso civilizador de la región de Urabá luego de ser anexada a Antioquia en 1905.

La expansión antioqueña fue imaginada entonces, como una oportunidad expedita, no sólo de explotar los recursos de las zonas *incultas*, sino también de imponer el modo de vida antioqueña y guardar la integridad nacional, lo cual le dio su carácter épico al ser una colonización basada en la capacidad de tumbar la selva y abrir claros para la agricultura, en territorios que se concebían como vacíos e improductivos⁸⁰.

Para Alejandro López⁸¹, a través de la colonización, la raza antioqueña resolvió por sí sola el problema agrario, uno de los principales del país, al expandirse por territorios en donde cumplió su ambición de poseer tierra y conservarse altiva y libre. Sin embargo, en su opinión, los estadistas no podían esperar que el hacha del hombre medio colombiano tuviera tanta efectividad contra el papel sellado como la de los antioqueños; se requería entonces que el Estado ofreciera oportunidades a los excluidos para adquirir pequeñas propiedades, por procedimientos razonables, creando así lo que este intelectual denominó un campesino terrateniente, quien junto con el artesano, eran los mejores elementos de la nación como lo mostraba Antioquia en donde ambos abundaban.

⁷⁸ Op. cit. 1920b.

⁷⁹ Steiner, Claudia, *Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1960*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000.

⁸⁰ Appelbaum, Nancy, *Muddied waters. Race, region, and local history in Colombia, 1846-1948*, Durham y Londres, Duke University Press, 2003; Escobar, J. C. Op. cit. 2004 y Jaramillo Giraldo, Myriam Luz, "Elite y naturaleza. ¿Naturaleza de elite?", en *Nómadas*, # 22, Bogotá, Universidad Central, 2005, pp. 86-100.

⁸¹ Op. cit. Pp. 50 y ss.

Este intelectual consideraba que Antioquia debía ser tomada como laboratorio para probar las soluciones a los problemas nacionales, pues compartía las mismas dificultades que el resto de la república, pero al tiempo las especiales características de sus pobladores la hacían el departamento más apto para probar y encontrar soluciones, que a su juicio no eran otras que las que ya estaban presentes allí: el pequeño propietario campesino.

Para estos intelectuales era injustificado brindarles a los inmigrantes las facilidades que nunca se le habían dado a los nacionales para que éstos pudieran mostrar su valía. Sin embargo, esto no implicaba necesariamente un rechazo a la inmigración sino la necesidad de planearla mejor y mezclarla efectivamente con los colonos colombianos al tiempo que se aprovechaban los miles de *salvajes* disponibles.

Desde la perspectiva de intelectuales como Luis López de Mesa⁸², la llegada de inmigrantes era siempre un hecho bien recibido, mientras éstos hubieran sido bien seleccionados. Para él, había tres tipos de inmigración, la primera de carácter técnica y profesional en las áreas en las cuales el país no contaba con el material humano para competir con las naciones desarrolladas; la segunda, denominada celular, es decir, a cuentagotas, en la cual, los extranjeros podían ser ubicados en las diferentes actividades agrícolas o industriales de acuerdo a los caracteres inherentes a su nacionalidad; y la última, la inmigración que permitiría fundar colonias en lugares como la Sierra Nevada de Santa Marta, Valledupar, el Sinú y Urabá.

Las colonias eran consideradas por este intelectual como centros de población y de riqueza, que requerían para buen funcionamiento, caminos transitables, mercados cercanos, garantías higiénicas y la cercanía de colombianos que sirvieran como elementos de aclimatación, de nacionalización, de mestizaje y de enseñanza de la lengua. Como se mencionó anteriormente, estos enclaves colonizadores fueron reducidísimos y finalmente la colonización antioqueña transformada en épica ocultó otros movimientos, igual o más importantes, como el de la población cundiboyacense.

Reflexiones finales

Se ha mostrado cómo los intelectuales orgánicos de los partidos tradicionales narraron la nación, a principios del siglo XX, a través de tres ejes: la

⁸² "La inmigración y el fomento agrícola", en *Progreso*, Vol. 1, # 12, Medellín, 1927b, pp. 191-193.

fragmentación regional, el mejoramiento racial y la conquista de los territorios marginalizados. Estos ejes muestran que la tarea de imaginar la nación, era más un proceso de apropiación, negociación y debate, que de recepción de formatos modulares que condenaran a multitud de Estados nacionales a ser consumidores de perpetuos de la modernidad política europea.

La tensa construcción de una comunidad política imaginada en Colombia, estuvo enmarcada en lo que Partha Chatterjee⁸³ ha denominado, siguiendo a John Plamenatz, *nacionalismo oriental*. En este tipo de nacionalismo los intelectuales, enfrascados en la tarea de impulsar sus respectivos proyectos nacionales, reconocen que no cuentan con los elementos endógenos para conformar una nación civilizada, pero admiten simultáneamente que la importación en bloque de modelos exógenos llevaría ineludiblemente al fracaso. Ante este dilema su única opción es construir modelos híbridos que se apropien de las instituciones de la modernidad política pero que estén adaptadas a las características raciales, sociales, económicas, políticas y culturales de la nación en construcción.

En Colombia, este modelo si bien fue bastante complejo, se puede enmarcar dentro de una modernización tradicional, que pretendía garantizar la entrada de la república al concierto de las naciones civilizadas a través de la plena explotación de sus riquezas, de la estabilización de sus caracteres raciales y de la apropiación de las formas de producción y propiedad capitalistas. Para esto se requería la profunda transformación de la población y del manejo territorial.

Simultáneamente, la posición dominante intentaba mantener un orden social basado en valores conservadores y católicos. En definitiva se pretendían crear sujetos modernos sin los problemas que buena parte de la elite consideraba inherentes a la modernidad: disolución de la familia, liberación de la mujer, lucha de clases, conflicto agrario, secularización y consumismo. La raza antioqueña se convirtió en el paradigma de esa modernización tradicional. Al ser representados como laboriosos, profundamente católicos, hábiles colonizadores, tradicionalistas y con fuertes vínculos familiares, al tiempo que productores y consumidores plenamente insertados al mercado, los antioqueños cumplían con muchas de las expectativas de grandes sectores de la elite.

Sin embargo, la desconfianza en el *elemento hombre*, incluso en los antioqueños, hacía que los intelectuales de elite le demandaran al Estado que

⁸³ Chatterjee, Partha, "El nacionalismo como problema en la historia de las ideas políticas", en Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2000. Pp. 123-164.

fundara, instituyera, unificara y controlara racionalmente la sociedad nacional, al tiempo que se construía a sí mismo en ese proceso, en medio de una acelerada modernización y la permanente preocupación por el mejoramiento del *acervo racial* de la población colombiana. Esta preocupación, especialmente en los intelectuales liberales desde la década 1920, traía ya consigo, a través de la retórica higienista, los gérmenes del intervencionismo estatal, parcialmente puesto en marcha, catorce años más tarde, durante la administración de Alfonso López Pumarejo, momento en el cual la población empieza a ser representada cada vez menos como raza y más como pueblo.

La particularidad del contexto propio de las primeras décadas del siglo XX en Colombia, radica en la tensión y los conflictos en torno a los límites del intervencionismo estatal, que pareciera tener que conformarse con impulsar el progreso y la civilización a través del gobierno de la población⁸⁴, puesto que las reformas sociales necesarias para paliar los inconvenientes propios de la industrialización, la urbanización y la desigual distribución de la tierra, serán superficiales y rápidamente abortadas o “pausadas” por el temor a la plebe - considerada como poco apta para el ejercicio de la ciudadanía-, por la proliferación de intereses particulares que impidieron que la elite política-intelectual se organizara a través del Estado, y por la exacerbación de los conflictos partidistas ligados al resurgimiento de las discrepancias en torno a la educación y la religión.

Estos conflictos aunados a la apropiación y revalorización de lo popular, a la profesionalización de las ciencias sociales, y al paulatino y relativo tratamiento de la cuestión social como un hecho justamente social y no racial, desde mediados de la década del treinta, irán disolviendo lentamente, en un proceso aun hoy incompleto, la influencia del racialismo en la forma en que se imagina la nación. Esta ruptura no estará exenta de ambigüedades como lo ilustran las políticas culturales de la República Liberal, con el programa de Cultura Aldeana⁸⁵ por ejemplo.

⁸⁴ De la regulación de su densidad, de su ubicación, de su natalidad y morbi-mortalidad, principalmente. Para una discusión al respecto en el ámbito europeo véanse: Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad. Tomo 1. La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores. México. 1991, Para el caso colombiano ver: Noguera, Carlos Ernesto, *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*, Medellín, Eafit, 2003 y Sáenz Obregón, J. et al. Op. cit.

⁸⁵ Este programa, impulsado por Luis López de Mesa, ministro de educación entre 1934 y 1935 buscaba el progreso de los poblados entre 500 y 5000 habitantes y combinó tanto planteamientos biologicistas y propuestas médicas para la defensa de la raza como las nuevas ideas antropológicas y la finalidad cultural de la educación pública característica del gobierno de Alfonso López Pumarejo. Ver: Díaz Soler, Carlos Jilmar, *El pueblo: de sujeto dado a sujeto político por construir. El caso de la Campaña de Cultura Aldeana en Colombia (1934-1936)*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional y Fundación Francisca Radke, 2005; Sáenz Obregón, J. Op. cit. Y Silva, R. Op. cit.

De esta forma, el deseo civilizador, tanto en su variante de mejoramiento racial, como posteriormente en la modalidad de ampliación de la ciudadanía, queda postergado. En definitiva el deseo de civilizar a los múltiples Otros, las mujeres, los grupos étnicos, los mestizos, los pobres, implicaba una intensificación de la representación de su diferencia en el presente, acompañada por una homogeneización en un plazo indefinido. Los intelectuales de elite parecían decirle, eternamente, al resto de la población: ustedes *serán* como nosotros pero aún no lo son. La ambivalencia del deseo homogeneizar operaba pues, como un dispositivo que producía un exceso de alteridad y un déficit en la identidad necesaria para consolidar, aunque no para producir, una comunidad política imaginada, caracterizada justamente por esa tensión presente hasta nuestros días, la cual se concretaba en la imaginación de la nación como una comunidad plural.

Esta tensión produce una ambivalencia constitucional en la forma en que la elite política-intelectual narra la nación. En un primer momento se construye una temporalidad acumulativa y continuista que busca tejer relaciones transparentes entre la tradición y el pueblo, en el marco de una historia nacional construida a partir de ciertos hitos, que parten de la progresiva conquista del territorio patrio iniciada con la conquista ibérica y la también progresiva unificación de la población colombiana a través del mestizaje.

Sin embargo, en un segundo momento, la relación de complementariedad y de necesidad entre un Estado, un territorio, una historia y un pueblo, se vuelven problemáticos; grandes porciones del territorio están aun desiertas, es decir, habitadas por salvajes no nacionalizados; numerosos núcleos poblacionales no caminan todavía por la ruta del progreso, pues habitan Otros espacios y Otros tiempos –lo primitivo y los territorios marginalizados-⁸⁶.

Aún hoy, discutimos frecuentemente sobre la falta de integración regional, las malas vías de comunicación, la primacía de las identidades regionales, el medio ambiente -tropical, biodiverso y exuberante-, la multiculturalidad, la pluriétnicidad, las numerosas soberanías que retan al Estado y que imponen el *salvajismo* en las fronteras internas. Tal vez la mayoría de colombianos estarían de acuerdo, con que simplemente el milagro enunciado por Luis López de Mesa en 1920, llegó a su fin, si es que alguna vez existió: “Milagroso fue y sigue siendo que Colombia se constituyese en unitaria y que viva hoy en paz. La anarquía debió de ser la resultante de tanta heterogeneidad en su naturaleza y población.”⁸⁷

⁸⁶ Homi Bhabha llama al primer momento, el momento pedagógico y al segundo el momento performativo. Ver: *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002.

⁸⁷ Op. cit. 1920a, p. 86.